

viéndolas a saborear y emocionándonos tanto como al oírlas por primera vez; y un aventajado pintor haga con exactitud y maestría admirables el retrato que motiva el homenaje. Ha querido el Sr. Díez de Revenega que todas las Bellas Artes que pueden intervenir en estos actos, y la belleza femenina, principal inspiradora de aquéllas, tomen parte en la velada dándole realce y amenidad. Para un enamorado de lo bello que dedicó la mayor parte de sus años a estudiar la vida de los artistas y sus obras, nada podía resultar mejor que lo que aquí se ha hecho esta noche.

No tuve la suerte de asistir a la clase de Baquero. Llegó éste al Instituto de segunda enseñanza, en el momento de examinarme. En tal sentido no me puedo llamar su discípulo, pero de hecho ha sido mi maestro, y a él debo enseñanzas y cooperación valiosísimas, que nunca podré olvidar.

Lo disgusté una vez, en la ocasión recordada con su habitual gracejo, por D. Vicente Llovera. Lo sentí profundamente, aunque no me arrepienta. Si lancé sobre él a gran número de murcianos que se interesaban por conservar nuestro tesoro artístico, sin producir de momento más que el enfado, hubo más tarde un día para mí felicísimo, en que accedió a nuestro ruego comprando el Belén del gran Salzillo para el Museo, que había estado en inminente riesgo de salir para siempre de Murcia, y lo hizo exclusivamente por complacerme, como consta al Sr. Alcalde aquí presente, que es miembro de la Junta para mejoramiento de la cultura local; lo que me emocionó tanto que adquirí resueltamente el compromiso, jamás quebrantado, de no volverlo a disgustar, demostrándole con ello mi eterna gratitud y profundo respeto.

Desde entonces hasta su prematura muerte, viví en la más perfecta compenetración, que me sirve de legítimo orgullo, con esta gran figura murciana.

Al tratarse de constituir el Sindicato Central del

